

Una apasionante novela evocadora de los años de la Transición,
cuando los sueños forjaron el destino de sus protagonistas,
y de todo lo que vino después



LOS AÑOS FELICES

GONZALO LÓPEZ ALBA



Gonzalo López Alba



Los años felices

 Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Gonzalo López Alba, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2014
Depósito legal: B. 13.543-2014
ISBN: 978-84-08-13372-8
Preimpresión: Víctor Igual, S. L.
Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Se quedó clavado a mitad del último tramo de las escalinatas que ascendían desde las profundidades de la boca de metro de Callao para ir a desembocar en la acera derecha de la Gran Vía madrileña, rebautizada por Francisco Paulino Hermenegildo Teódulo Franco, más conocido por *El Caudillo* o *Franquito*, como avenida de José Antonio. Había sido su gracioso homenaje a quien, tras ser fusilado por conspiración para derrocar la II República, fue convertido en mártir e icono del Movimiento Nacional de 1936. Casi un gratis total para el Generalísimo a beneficio de quedarse con la organización falangista que tanto le ayudaría a desembarazarse de sus enemigos y a adoctrinar a los desafectos para después solazarse a su libre albedrío con las lisonjas y prebendas del poder unipersonal, como no podía ser de otra forma en quien, tras haber sido objeto de toda clase de chufas y pitorreos en el colegio por su menguada estatura y voz atiplada, había logrado convertirse en el segundo general más joven en la historia de los ejércitos de Europa, sólo aventajado por su idolatrado Napoleón Bonaparte. No alcanzaría el cetro de emperador, pero durante treinta y seis largos y oscuros años reinó sin corona sobre el destino de los habitantes de una piel de toro estragada por los cadáveres de los miles de víctimas de una cruenta guerra incivil cuyos espíritus todavía pululan por el Valle de los Caídos y yacen sin memoria en las cunetas de España.

Nada de esto le habían contado en la escuela ni en el instituto, donde se enseñaba que Franco había sido «el salvador de la

patria» y era caudillo «por la gracia de Dios» en vez de por la sangre derramada de otros cristianos, «únicamente responsable ante Dios y ante la Historia». Todo era confusión. El estruendo de las explosiones que zumbaban sus oídos, las espesas nubes de humo que brotaban del suelo como géiseres excavados en el pavimento por las bombas de gas que abrumaban la atmósfera y hacían lagrimar sus ojos irritados, el olor acre de la pólvora que le producía un incómodo cosquilleo en la nariz y transportaba a su lengua el sabor del pimentón para el mondongo de la matanza, y el brillante centelleo de las luces de neón que iluminaban como cada noche el pequeño Times Square de Madrid componían un cóctel de tan alto voltaje emocional y sensitivo que todos sus pensamientos se habían bloqueado paralizando su cuerpo entero.

Una marea de gente corría en dirección a él como una manada de caballos en estampida y lo engullía como si fuera un grano de arena en el mar. Saliendo bruscamente de su ensimismado asombro y desconcierto, encastró el brazo izquierdo entre la pared y el pasamanos para enroscarlo alrededor del tubo metálico como una argolla a la que aferrarse. Con el que le quedaba libre, levantó un escudo pegando contra su pecho la maleta de cartón que hasta entonces había sido de su padre y, apretando entre sus piernas la caja atada con cuerdas de esparto que le había preparado su madre con algunas viandas, aguantó a pie firme el embate, como si se enfrentara a un vendaval más fuerte y violento que todas las tormentas de viento y granizo que había conocido hasta entonces. Aunque hacía frío, estaba empapado en sudor.

Desde donde estaba, sólo podía distinguir con claridad el parpadeo azul del reclamo con el que, iluminando con destellos las letras de su nombre, llamaba la atención de los viandantes el cine Capitolio. La curiosidad por averiguar lo que estaba ocurriendo más allá del último peldaño pudo más que el miedo. Tuvo un momento de pánico y sintió una punzada en el pecho. Haciendo caso omiso a los síntomas físicos del canguelo, respiró hondo y se armó de valor pensando en uno de aquellos héroes de las novelas de Marcial Lafuente Estefanía, que con su revólver

eran capaces de enfrentarse en solitario a bandas de pistoleros armados hasta los dientes.

El sonido de las explosiones y de los disparos le era familiar, pero no acertaba a identificar su timbre. Su padre era cazador y sus hermanos, mineros. En una ocasión, siendo niño aún, su padre había dejado la escopeta en el pasillo mientras metía en la cocina las piezas cobradas y al ver el arma, no había podido resistir a la curiosidad de descubrir qué ocurría cuando se apretaba el gatillo. La escopeta de dos cañones estaba de pie, apoyada sobre la culata contra una pared, y el disparo perforó el techo. Fue su primera experiencia con las armas, casi la única. Un pequeño susto cargado de emoción, que provocó sendas reprimendas de su madre: a su padre por el descuido y a él por su atrevimiento. Aunque no heredó la afición cazadora, en otra ocasión había disparado un balín capado en la frente del zagal de una caseta de feria. La verdad era que no tenía muy buena puntería, tampoco la había tenido con los tirachinas con que los pandilleros de su edad se disputaban la autoridad sobre fronteras imaginarias y sus hermanos cazaban pájaros para las sabrosas empanadas de su madre. Su acierto había sido fruto del azar. Ocurrió que el mozalbete, de su misma edad aproximadamente, se levantó detrás del mostrador en el preciso instante en que él apretaba el gatillo de la carabina de aire comprimido, sin darle tiempo a rectificar. Entonces se asustó hasta que el muchacho hubo recobrado el conocimiento, pero, como la primera vez, tampoco sintió remordimiento alguno y sí un placer íntimo por haber averiguado que los balines no matan a personas, al menos los de las escopetas de feria. Hasta el padre del muchacho herido reconoció que no había sido su culpa.

Ahora llevaba un rato asustado. Y también hipnotizado por el espectáculo. Eso le parecía aquella marea humana que avanzaba hacia él en oleadas. Un gentío corría de manera atropellada, como si le fuera la vida en ello, tropezándose y pisando sobre los que caían de bruces o de costado, aunque también había, pocos, que frenaban su carrera para ayudar a los caídos en el fragor de la humareda de los botes de gas y de la lluvia de pelotas de caucho que la Policía disparaba para dispersar a los ma-

nifestantes. El porqué de todo aquel pandemónium no lo averiguaría hasta la mañana siguiente, después de que se hubo instalado en la pensión de la calle de San Roque donde iba a alojarse aquel año.

Fausto Aretino era el hijo menor de una familia de carboneros y el primero que iba a poder estudiar en la universidad. Su padre, tras jubilarse de la mina a causa de una temprana silicosis, había podido comprar, juntando peseta a peseta, un pequeño camión de segunda mano y con él distribuía carbón por las casas. Tenía artrosis en las manos, un dedo inútil y la espalda dañada, pero no se veía trabajando en nada que no tuviera que ver con el carbón. Tres de sus cuatro hijos, dos gemelos y todos varones a pesar de los múltiples intentos de sus progenitores, que ya se contabilizaban en cinco abortos espontáneos, le ayudaban cuando terminaban sus turnos en la mina y Fausto lo hacía al acabar sus deberes escolares. Trabajaban desde que alboreaba hasta el anochecer y regresaban todos los días derrengados, con las caras y las manos negras como el betún.

Su madre no cesaba de decir que no había ropa ni toallas que les resistieran. Aunque antes de lavar acostumbraba a poner las prendas más sucias a remojo, en un balde de chapa con agua tibia mezclada con sosa o lejía, con sus manos ajadas tenía que restregar cada día un montón de toallas, pantalones, camisas, camisetas, calzoncillos y calcetines, además de los monos de faena, y cuando ya le dolía el pecho, se le saltaban las uñas y no podía con las manos, amasaba con una piedra lisa del río, a cuya ribera llevaba cuando podía las sábanas y ropa blanca para asolearlas. Lavaba utilizando un pedazo del jabón que la abuela fabricaba mezclando aceite usado de freír con sosa y un puñado de harina, y, cuando había dinero, con Lagarto de la tienda. Mientras que la abuela recogía y fregaba los cacharros de la cena, la madre se arriñonaba sobre una lavandera con estrías acanaladas que servían para frotar los tejidos y también para que escurriera el agua. La tabla, de madera de roble secada durante dos años y recubierta con una capa de cera de abeja para aumentar su resistencia al agua, la había hecho su padre con un cepillo y un formón de

carpintero, como también había construido el pilón de cemento al lado del pozo y el mismo pozo del que extraían el agua potable, horadado en el terreno anejo que se repartía entre una pequeña huerta que labraban las dos mujeres de la casa y el cobertizo de bloques, donde el cabeza de familia guardaba el camión y el carbón que iba arañando en cada carga y descarga.

Como para evitar hurtos en la mina se pesaban los camiones vacíos a la entrada y se volvían a pesar cuando salían con la carga, Cándido Aretino había ideado la treta de pasar el primer pesaje con un piedra grande que luego dejaba abandonada antes de salir, sin que a nadie le llamara la atención porque a quién le iba a extrañar una piedra en un descampado lleno de piedras. Aquello no le parecía robar porque en su casa le habían enseñado que quien roba a un ladrón tiene cien años de perdón y el dueño de la mina amontonaba sistemáticamente el mejor carbón allí donde previamente había negociado que los inspectores harían las calicatas para determinar su categoría oficial. Decía a sus hijos que la vida se construye piedra a piedra, como él había construido su casa ladrillo a ladrillo y su bienestar brizna a brizna. Pero al comprador siempre le llegaba la carga completa. Únicamente al acabar la jornada y antes de regar con la manguera, barría con un cepillo provisto de filamentos metálicos la caja del camión hasta arrancar el último resto de carbonilla.

Esta tarea estaba encomendada al menor de sus vástagos, que con infantil inocencia disfrutaba subido en la caja del camión como de un juguete exclusivo, algo que no estaba al alcance de los otros chicos de su edad. Pero, a medida que se iba haciendo mayor, se decía que no quería seguir el camino de sus hermanos y pasarse la vida como ellos y su padre, con la cara, las manos y la vida tiznadas de negro. Para entonces, aquellos pedruscos que al salir de la mina se convertían en carbón y la zaragalla que raspaba cada día de la caja del camión, sin darse descanso más que los domingos, que según correspondiera la temporada dedicaba a la caza o a la pesca, además de a la sagrada partida de tute en el bar, habían formado en el cobertizo pequeños montículos de mineral que vendía por su cuenta y, aunque con mucho esfuerzo

y privaciones, la familia llevaba una vida relativamente holgada. Ahora que todos los hijos estaban ya criados y el médico les había quitado definitivamente la esperanza de ver aumentada y completada su prole con alguna niña, podían permitirse costear la universidad al menor, el que más disposición había mostrado al estudio y al que la naturaleza había dado una constitución menos apropiada para el trabajo físico.

Aunque las obligaciones se acompasaban con la edad, en aquella casa todos trabajaban desde que eran capaces de mover algo más que su propio cuerpo y hasta que ya no podían con su alma, como era el caso de la achacosa abuela María. Cuando la madre de su madre ya no pudo doblar el espinazo para escardar los caballones de legumbres o las tomateras, sentada bajo la sombra de la frondosa higuera que era el tesoro del huerto familiar, siguió arrutando a los pájaros con un viejo sonajero que siempre llevaba en los bolsillos del mandil a cuadros con el que protegía las telas de su luto perpetuo; cuando ya no pudo fregar platos y vasos porque se escurrían entre sus dedos para acabar hechos trizas en el suelo, ni manejar la rueca de hilar por el temblor de manos que le producía el párkinson, ayudaba a su hija a devanar las madejas de hilo sosteniéndolas en sus muñecas, sujetas con trapos a los reposabrazos de la silla; y, cuando ya su cuerpo dejó de obedecer a los mandados de su cabeza, aún siguió prediciendo sin error los cambios de tiempo para anticipar los mejores momentos para la siembra y la cosecha. Su marido, el abuelo Regino, había muerto en el último año de la guerra, en 1939, como el padre de su padre, el abuelo Cándido, pero en bandos enfrentados, según había oído contar en casa, aunque de aquello se procuraba hablar lo menos posible porque el padre también había estado en el frente y prefería olvidar a recordar, la única forma posible de perdonar, aunque sólo el recuerdo es antídoto contra la repetición de los errores. Fausto tampoco llegó a conocer a la otra abuela, de nombre Dositea, que falleció poco antes de su nacimiento.

A todos sus hijos exigió Cándido Aretino que terminaran la enseñanza primaria, la única que se impartía en el pueblo, antes

de ponerse a trabajar a jornal. Mientras estudiaban, los llevaba con él los sábados, para que fueran aprendiendo cómo era ser hombre. Curtidos en la penuria y las escaseces de la posguerra, para el matrimonio que formaban Cándido y Regina, también hija de minero, aquella vida aperreada no tenía otro cimiento que el trabajo ni otra recompensa que la de procurar para sus hijos una vida menos menesterosa y con menos penalidades que la suya.

Fausto tenía nueve años cumplidos cuando, el 20 de julio de 1969, el comandante estadounidense Neil Armstrong inscribió su nombre en la historia como el primer ser humano que pisó la Luna. Lo vio subido a horcajadas sobre los hombros de su padre, única forma de salvar la montaña que, como un cordón de cerros, formaban las espaldas y cabezas de los vecinos que se arracimaron durante la retransmisión en directo de aquel hecho sin precedentes, tan sin precedentes que algunos no lo creyeron ni siquiera después de haberlo visto. Aquel era su primer recuerdo de la televisión, que en España había empezado a emitir con regularidad hacía trece años, pero todavía era un electrodoméstico de lujo, inasequible para la mayoría, que acudía al bar para reunirse en torno a la caja mágica que había desplazado a la escucha hogareña de la vieja radio de madera. A Fausto le sorprendió que la Luna se pareciera tan poco a la luna y que en la pantalla se viera yerma, gris y bacheada, cuando él con sus ojos la veía lisa, blanca y radiante.

—Aprende la lección, hijo. Nada es lo que parece —recordaba que le había dicho su padre.

Entonces pensó que, si el hombre podía viajar hasta allí, podía hacer cualquier cosa que se propusiera. Él se había propuesto burlar su destino, ver mundo y averiguar qué había detrás de lo que parece para después contárselo a los demás. Sabía de los sacrificios que aquello acarrearía a su familia. Su padre había opuesto algo de resistencia porque pensaba que cada uno de sus hijos eran dos brazos más trabajando para mejorar el bienestar de su familia hasta que cada uno fundara la suya, pero sentía íntimo orgullo por la ambición que el benjamín demostraba por

mejorar las condiciones de su nacimiento. En el fondo de su alma, nada anhelaba más el carbonero que poder presumir de un hijo universitario, y en su madre tenía Fausto al mejor aliado de ese anhelo. La vida de sus padres había sido una vida de sueños incumplidos y su última ilusión era poder verlos realizados en alguno de sus hijos.

Fausto había encontrado una pensión modesta, pero muy céntrica, tanto que estaba a un tiro de piedra del kilómetro cero de la Puerta del Sol. La eligió por eso y, sobre todo, porque se ajustaba a su parco presupuesto. Sentía el deber de ser la menor carga posible para su familia. Durante los veranos, hasta que terminó el bachillerato y las pruebas de acceso a la universidad, trabajó todos los días con su padre, que le asignó una paga mensual como a cada uno de sus hermanos, quienes entregaban a la madre el sueldo íntegro de la mina y luego recibían una cantidad acordada con ellos siguiendo un baremo de edades. Además, a modo de gesto pedagógico, el padre gratificaba todos los meses con una propina al que consideraba que había sido el más esforzado de entre los hermanos. A él le obsequió con una extraordinaria la víspera de que emprendiera su viaje a Madrid, que no fue hasta enero porque el comienzo del curso se había ido aplazando hasta entonces a causa de una sucesión de huelgas. Tras décadas de prohibición, las protestas eran el pan nuestro de cada día.

Con aquel dinero que había ganado trabajando durante los veranos se costearía sus gastos de bolsillo. Animado por su profesor de Geografía e Historia, que era una de sus asignaturas favoritas porque se le antojaba una forma de viajar sin tener que moverse, había solicitado una beca. Tenía un expediente escolar notable, pero las becas eran muy escasas y sólo se concedían a los de sobresaliente o a los que disponían de una buena recomendación. Su padre la buscó en el dueño de la mina, don Roque Orava, que le dio muchas palabras y ninguna garantía; en el párroco, don Cosme, aunque Cándido era de los católicos que no pisan la iglesia más que en bodas, bautizos y entierros, como el sacerdote aprovechó para recriminarle, si bien también tuvo en consideración que Fausto le servía ocasionalmente de monaguillo; y en

don Francisco, el exjefe de la Falange local, que en el instituto compaginaba las clases de Educación Física con las de Formación del Espíritu Nacional. Cuando le respondieron que su petición estaba denegada, sintió frustración y rabia. Su nota media había bajado hasta un 6,4 con el examen de selectividad, que sólo logró aprobar con un 5,4, con lo que por una décima no pudo pasar el corte para acceder a una beca universitaria. Lo había preparado sin escatimar horas ni esfuerzo, pero no estando sus padres en disposición de costearle clases particulares, acudió a aquel examen casi a ciegas, sin conocer su formato ni los temas más habituales. Competía en condiciones de desigualdad desde su nacimiento. Su padre le dio la noticia con la carta de rechazo ya abierta y una sonrisa en los labios, creyendo que así le quitaría importancia, pero Fausto malinterpretó que se alegraba y aquello lo encorajinó aún más. Lloró a moco tendido, con desesperación. Fue su madre quien le consoló.

—Irás a la universidad, hijo. Estate tranquilo. Te lo promete tu madre —le dijo Regina resuelta a romper la hucha que tenía en una caja de latón, que antes había sido de membrillo y ahora guardaba el fruto de las economías que había ido haciendo como una hormiguita, céntimo a céntimo y peseta a peseta, en previsión de que pudieran volver los malos tiempos, un temor que siempre estaba presente en su ánimo y la hacía mirar al futuro con desconfianza y prevención.

Otra de las razones por las que Fausto había elegido aquel hospedaje era porque tendría una habitación para él solo, lo que le permitiría concentrarse con mayor facilidad en el estudio. Lo peor era que, de tan antiguo como era el edificio, para asearse sólo había en la casa un estrecho cubículo de construcción artesanal donde el lavabo y el retrete se rozaban en la disputa del minúsculo espacio rebañado a la cocina, de modo que para poder sentarse en la taza del inodoro era obligado ponerse de lado. Allí no iba a poder ducharse y no cabía pensar en bañarse en el río, como hacía cuando en su casa aún no disponían del agua corriente que acababan de canalizar. Tendría que lavarse a lo gato, pasándose las manos mojadas por la cara, y buscarse algún

amigo que pudiera facilitarle mejor aseo de cuando en cuando. Lo bueno era que estaba cerca de la Ciudad Universitaria, podía ir andando y así ahorraría en transporte. La distancia le pareció ideal. Le gustaba caminar desde que siendo niño tenía que recorrer cinco kilómetros para ir a la escuela y otros cinco para volver a casa, lo que con frecuencia aprovechaba para salirse del camino que trazaba la carretera general y cruzar por los sembrados, donde en ocasiones cogía alguna fruta que iba comiendo mientras daba rienda suelta a su imaginación, buscando rutas que le fueran desconocidas.

La guinda de su elección era que, justo en el portal de enfrente, estaban la redacción y las rotativas del vespertino *Informaciones*. Le gustaba detenerse en la acera a imaginar que ya trabajaba allí. Soñaba con ver algún día su firma estampada con letras de imprenta en uno de aquellos ejemplares de periódico: Fausto Aretino. Mientras contemplaba el trajín de las furgonetas de reparto cargando los fardos, se había dicho que aquellas mismas furgonetas algún día distribuirían por todos los rincones del país lo que él escribiera, desnudando la verdad de los velos de la apariencia.

La comida no era muy buena, pero la patrona le había prometido absoluta libertad, salvo para llevar visitas femeninas, y era lo más barato que había encontrado: nueve mil pesetas al mes, incluyendo la manutención y el lavado y planchado de la ropa. Viuda, y aunque sin hijos, tenía todas las trazas de una virtuosa matrona. Era la mujer de mediana estatura y constitución ancha, con unos grandes ojos negros de mirada compasiva que realzaban su cara en el contraste con la cabeza rubicana, coronada por un moño que tomaba las formas y el color de un montado de orlas de nata espolvoreada de canela y azafrán. A pesar de haber cumplido ya los setenta años, estaba llena de una energía que derramaba a borbotones. Alquilaba la habitación para poder mantenerse. No le había quedado pensión y, consumidos sus magros ahorros, aquella era la única forma que tenía de costear sus gastos, aunque seguía pagando por el pisito el mismo alquiler de mil pesetas que cuando se instaló allí con su marido, hacía ya cincuenta años, cuando llegaron de un pue-

blecito de la sierra olivarera de Andalucía con una mano delante y la otra detrás después de que sus padres la echaran de casa por haberse quedado embarazada antes de casarse y, para mayor escarnio, de un enfermo, con una tisis que le impedía hacer esfuerzos y que con frecuencia lo postraba en la cama. Hasta su muerte, se ganó la vida malamente con los conocimientos que había adquirido en su propio cuerpo y el mismo instrumental que utilizaba para su cuidado: una jeringuilla de cristal con un juego de agujas de distinto tamaño que hervía convenientemente antes de cada pinchazo, un termómetro y un rudimentario aparato para medir la tensión arterial. Era el practicante del vecindario y a veces cobraba en metálico y otras en especies, y a veces no cobraba porque no podían pagarle. Fausto pensó que suyo debía de ser aquel retrato que estaba sobre el televisor en un marco de plástico, desde el que lo miraba un hombre de aspecto frágil, pero ojos vivaces, con un bigotillo a la moda de su tiempo que más parecía pintado que retratado, al igual que las solapas de la chaqueta, el cuello de la camisa y la corbata que allí vestía.

—Estábamos muy enamorados mi difunto Eustaquio y yo. Aún lo estamos, aunque él ya no esté aquí... Un chico como tú es lo que me hace falta. Pareces buen muchacho y me harás compañía. Tendrás una habitación para ti solo, así podrás estudiar tranquilamente sin que nadie te moleste. Yo hago poco ruido, ¿sabes? El trajín de limpiar la casa y un poquito de televisión. Eso sí, de la radio que no me quite nadie, esa va conmigo donde yo voy, ¡no sabes lo que gasto en pilas, hijo! Tengo una ahí, en el salón, donde te pondré el desayuno y la comida todos los días, pero prefiero el transistor, que me lo meto en un bolsillo y me acompaña a todas partes. ¡Ay, si tú supieras de cuántas penas y aburrimientos me han aliviado el abuelo Segis y la Candelaria, su nuera!; no sé si tú los conoces, ¡pero sí, hombre sí!, cómo no los vas a conocer si los conoce todo el mundo: ¡los de *La saga de los Porretas!*, que tienen siempre unas riñas muy divertidas. Tú pareces un chico formal, así que te daré una llave y podrás entrar y salir cuando quieras. Yo tengo el sueño pesado, aunque a veces me levanto por la

noche. Tardo en cogerlo, ¿sabes? Me acuesto con el transistor pegadito a la oreja y hasta que me duermo. Si tengo necesidad de ir al baño, me quedo como una marmota y casi que voy y vuelvo sonámbula. ¡No, no te vayas a creer! Sonámbula no soy, lo que quiero decir es que me conozco tan bien el camino que ni siquiera enciendo la luz, sólo en la habitación para no tropezarme con Perla, que es mi amiga del alma. Tiene la costumbre de acostarse en la alfombra, al lado de mi cama, que en la cama no la dejo entrar. La he dejado encerrada porque no te conoce, aunque es muy cariñosa, ya lo verás. No sé qué habría hecho sin su compañía... —le dijo la viuda, y, sin darle tiempo a responder, continuó—: ¡Pero pasa, hijo, pasa! No te quedes ahí en la puerta, que pudiendo estar dentro estamos aquí fuera como dos pasmarotes. Deja, deja la maleta ahí, que vendrás cansado. Luego la llevas a la habitación, que seguro que te va a gustar. Ahora pasa al salón, que es pequeñito, como toda la casa, pero muy acogedor. Ya verás...

Fausto traspasó el umbral, dejó la maleta al lado de la puerta y siguió a la patrona sin soltar de la mano la pequeña caja de cartón con las provisiones que, para cuando llegara aquel día, su madre había ido apartando en la fresquera, un pequeño armario con puertas de tela metálica que hacía las veces de frigorífico en la bodega excavada en la tierra.

En la primera ojeada vio una mesa camilla en el centro de la habitación que hacía las veces de salón y comedor, un televisor en blanco y negro con un salvapantallas de plástico para colorear las imágenes, un gastado sofá de dos plazas cubierto con una manta de jarapa, cuatro sillas con respaldo de mimbre entrelazada, unas cuantas macetas de barro pintado con variedad de plantas y un aparato de radio que le pareció más moderno que el de sus padres.

—Siéntate, hijo. Siéntate y descansa, que vendrás cansado del viaje. Te voy a traer un vasito de limonada... —dijo la mujer mientras se encaminaba a la cocina, de la que regresó de inmediato con una jarra y un vaso.

—¡Verás qué rica está! Pruébala, que me sale muy bien. Mi

Eustaquio decía que no hay bebida más sana, que un poquito de limón y azúcar van bien para todo. Enseguida te preparo la cena. Había pensado en un poco de sopa y unas sardinas, y te he comprado también algo de fruta, mandarinas, que estaban a muy buen precio y son de temporada.

La cháchara torrencial de Domitila Morcillo, que no daba descanso a la lengua ni para tomar aire, se vio interrumpida por unos ladridos procedentes de alguna habitación en el interior del piso.

—¡Ay, que me había olvidado de Perla, qué cabeza la mía! Te la voy a presentar. No te asustes, que es muy cariñosa, pero no creas: cuando alguien no le gusta, refunfuña y enseña los dientes. Así también me protege. Siempre que voy a la calle, la saco conmigo. La pobre lleva ya mucho tiempo encerrada y no está acostumbrada, así que voy a abrir la puerta despacito porque va a salir disparada como una bala. Pero no te preocupes, que yo la sujeto y tú le vas a gustar.

Perla no salió a la carrera. Lo hizo con cautela, el paso firme y el oído alerta, asomando el morro y brujuleando con los pelillos del bigote enhiestos antes de mostrar el cuerpo. Era de raza mestiza y a Fausto le pareció demasiado grande para una casa tan pequeña. Su padre tenía varios perros, pero eran para la caza y dormían en el cobertizo. El animal se acercó sin dejar de olisquear y luego levantó sus patas delanteras y las puso sobre las piernas del desconocido para poder olfatearlo más de cerca, aproximando el morro a su cara. Cuando él escarbó con los dedos debajo de sus mandíbulas, como había aprendido a hacer observando a su padre, la perra agachó la cerviz, sacó la lengua babeando ligeramente y se dejó hacer mientras meneaba la cola, hasta que se sintió satisfecha y se deslizó suavemente para aovillarse a sus pies, aunque no sin antes dar unas vueltas alrededor de la silla donde se había sentado Fausto.

—¡Le has gustado! —exclamó Domitila con alborozo—. No sabes cuánto me alegro porque no podría tener a nadie que no le guste a Perla. Es mi familia, ¿verdad que sí?, ¡Perla, Perlita! —dijo la viuda agachándose para sacudir entre sus manos la cabeza del animal mientras con gran regocijo recibía en la cara

surcada de arrugas el riego de los lametazos de su lengua húmeda—. ¡Ay, hijo!, tienes que perdonar estas cosas de vieja chocha, es que me hace tanta compañía y nos llevamos tan bien... ¿verdad que sí?, ¡Perla, Perlita! Mira, te enseño la habitación para que puedas deshacer la maleta... Tienes un armario para ti. Alguna ropa de mi marido la guardo en el mío y otra la di a las monjitas para los pobres, que hay mucho necesitado y no está la vida para tirar nada, aunque de algunas cosas no he podido desprenderme. Pensarás que soy una vieja loca, pero a veces huelo sus pañuelos y es como si él estuviera aquí, pienso que ha salido a poner una inyección y que volverá dentro de un rato, ¡para que tú veas la imaginación que tenemos los viejos! Te cambiaré las sábanas una vez por semana, no hace falta que hagas la cama cuando te levantes, me gusta hacerlo y así también me mantengo activa y entretenida, que si no se amojama una y a mi edad, que ya tengo los setenta cumplidos y ni me pongo ni me quito, eso no es bueno. Tienes también una mesa con su silla para que puedas estudiar. La habitación es interior, pero está muy bien iluminada, tiene una ventana grande que da a un patio por el que entra luz todo el día. A lo mejor te molesto alguna vez para regar los geranios que tengo en la repisa de la ventana, me gustan mucho las plantas, me dan alegría. Si algún día quieres algo especial para comer, me lo dices para cuando vaya a la compra...

Además de la maleta, Fausto llevaba la caja que le había preparado su madre con chorizos, un queso, algo de jamón, galletas, varias tabletas de chocolate y alguna mermelada, para que pudiera alimentarse si no le daban bien de comer. Le prepararía una cada vez que volviera a casa. Y si no podía ir y necesitaba algo, le había dicho que llamara por teléfono, que se lo mandaba por el autocar con el conductor.

Entonces cayó en la cuenta de que había pasado ya más de una hora, y más de dos, y aún no había llamado a casa para decir que había llegado y se encontraba bien. Salió de la habitación para preguntar a su patrona si tenía teléfono.

—¡Ay, no! Eso no tengo, hijo. Es muy caro, un lujo para mí y,

total, nadie me va a llamar. Si necesito algo, siempre tengo aquí al lado a doña Engracia, que está viuda como yo. Algunas tardes nos juntamos para echar una partidita a las cartas y tomarnos un anís. Nos achispamos un poco y se nos suelta la lengua a hablar de nuestras cosas, de nuestras vidas, que casi son ya todo recuerdos. Pero perdona, hijo, que te estoy entreteniéndote y tienes que llamar a tu casa, a tu madre, que es lo más importante. Estará preocupada, hace ya mucho que llegaste.

—¿Sabe usted desde dónde puedo llamar?

—No te preocupes, hijo, que aquí al lado está la Telefónica. Mira, te doy ahora una copia de la llave de la casa y otra del portal, que es la más grande. Cuando salgas a la calle, coges a la izquierda, ¡no te vayas a ir para arriba!, y todo recto llegas a la Gran Vía, que es una calle muy grande y con mucha iluminación. Cuando llegues, doblas hacia la izquierda y te encontrarás enseguida un edificio muy grande lleno de teléfonos. ¡Ay, que se me olvidaba! En la placa de la calle no pone Gran Vía, sino avenida de José Antonio, cosas de la política, pero es la misma calle. Aún no la habían terminado de hacer cuando llegamos mi Eustaquio y yo a Madrid. A cualquiera que le preguntes te sabrá decir, pero mejor que no sea policía. Mejor pregunta por la avenida de José Antonio, aunque no te hará falta. Es muy fácil y tú eres *espabilao*, ¡si vas a ser universitario!

A Fausto le pareció un galimatías aquello de la calle que era Gran Vía pero se llamaba avenida de José Antonio. Retuvo únicamente que al salir de la casa debía ir a la izquierda hasta dar con una calle muy grande y con muchas luces. Al salir del metro no se había fijado en las placas con los nombres de las calles porque, visto el tumulto, se había refugiado en la plaza de Tudescos por miedo a perder sus pertenencias y, por no parecer un paleta de pueblo, había preferido no preguntar por más que su madre le había repetido hasta la saciedad aquello de que preguntando se llega a Roma. Con las prisas y los nervios tampoco sabía muy bien cómo había llegado hasta la pensión, sólo que había estado un buen rato dando vueltas alrededor de su calle, que iba a desembocar en aquella misma plazoleta.